



## Sucesos extraños

Don Manuel Sánchez Silva

(6 de octubre de 1957)

PLAZA CULTURAL DE  
DIARIO DE COLIMA



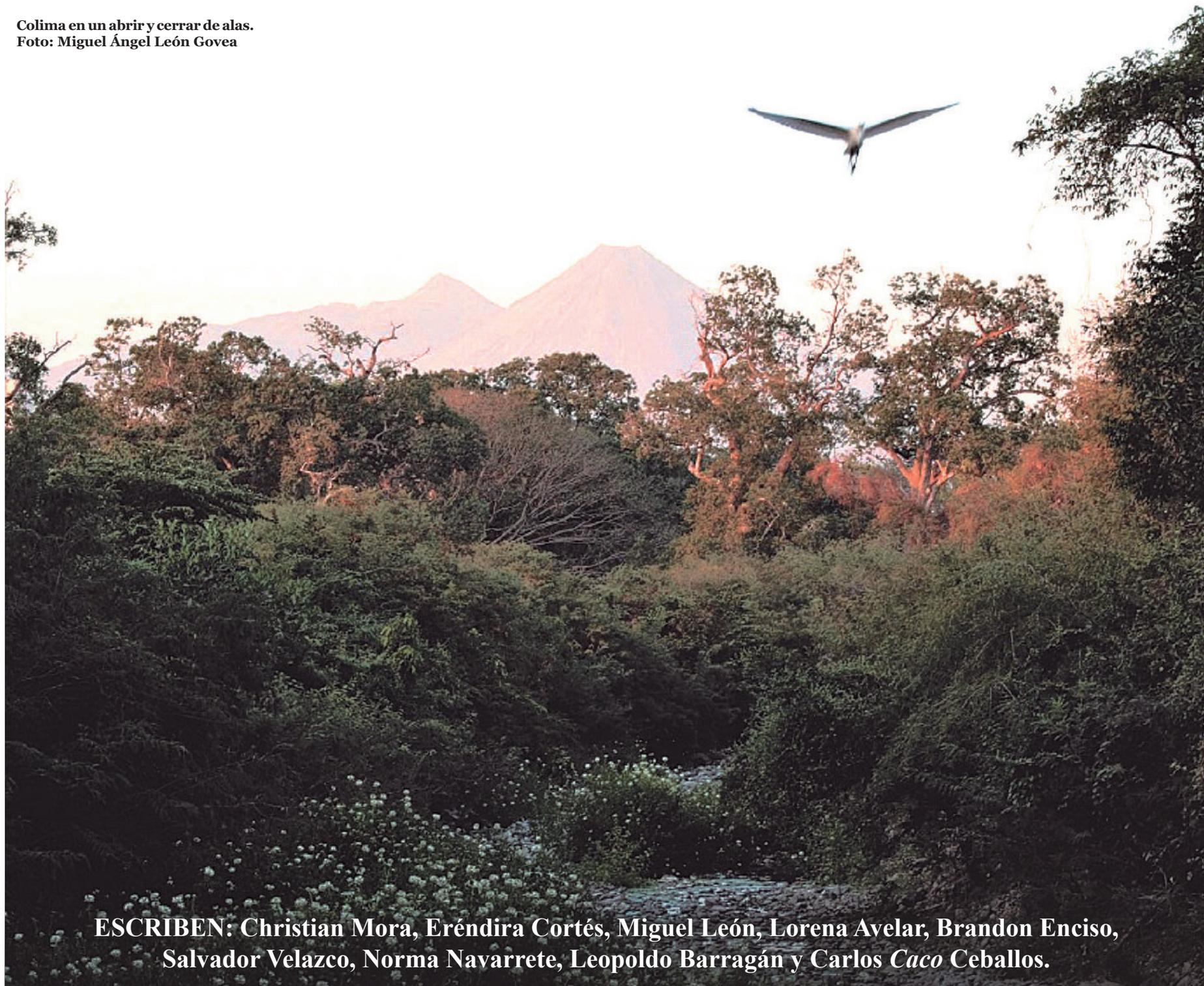
# Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2633

DOMINGO 14 DE MARZO DE 2021

Colima en un abrir y cerrar de alas.  
Foto: Miguel Ángel León Govea



ESCRIBEN: Christian Mora, Eréndira Cortés, Miguel León, Lorena Avelar, Brandon Enciso,  
Salvador Velazco, Norma Navarrete, Leopoldo Barragán y Carlos *Caco* Ceballos.

## El origen de las ideas\*

I/IV

Christian Mora

I

Carlos tallaba su cabello cuando escuchó los susurros; lejana, apenas perceptible, la voz lo llamaba con familiaridad. *Charlie, Charlie*, escuchaba mientras se enjuagaba el *shampoo* para abrir los ojos. Recorrió la cortina separadora entre el inodoro y la regadera para confirmar lo que ya sabía: estaba solo. *Me hace falta dormir*, pensó, *sigo alucinando*. En cuanto corrió la cortina, volvió la voz. Decidió ignorarla, seguro de que todo estaba en su cabeza. Aun así, no le hubiera molestado encontrarse con ella. Había pasado dos noches soñándola y, a pesar de su comportamiento misterioso, sus atractivos pesaban más.

El sábado, antes de verla, Carlos se encontraba envuelto en el vaivén de la mecedora, estudiando las posibilidades para su relato. Juntando sus manos, al estilo Holmes, cerró los ojos. Respiraba con suavidad, concentrándose en el aire entrando por su nariz, oxigenando sus pulmones. Poco a poco desaparecieron las preocupaciones. Con el cuerpo aligerado, comenzó a vagar por una serie de halos multicolores. Una idea surgió en lo profundo de su mente y de pronto se sintió de pie bajo el umbral de su cuarto. Ahí estaba ella, sentada sobre la cama, desnuda, esperando en penumbras. Sólo una sábana transparente envolvía su cuerpo. Carlos se disponía a caminar hacia ella cuando vio al hombre de los ojos rojos salir de las sombras, arrodillándose frente a la joven, besando sus muslos descubiertos. Ella sonrió, recostándose para que el hombre la recorriera con mayor libertad. La joven posó su mirada hacia la puerta del cuarto, relamiéndose; tomó el cabello de su acompañante y lo guió para unirlos en su mirar. Carlos, sintiéndose observado por el hombre de los ojos rojos, salió del trance.

Todavía con el corazón acelerado, se levantó de la mecedora y tomó un plumón para escribir sobre el pizarrón blanco. Las imágenes de la joven desnuda aún flotaban por su cabeza y él batallaba por recuperar cada detalle: el atractivo físico, su sensualidad, el deseo de ser tomada por el hombre, o ¿será un demonio?, la mirada del hombre erizándole la piel. Creía tener algo rescatabable en su nuevo intento por inspirarse a través de la meditación, pero a pesar del escalofrío por sentirse observado, no veía relación con lo que deseaba escribir. Él quería una historia de terror y la mayoría de las escenas en las que pensaba eran eróticas, bastante eróticas. En cierto modo, el erotismo y el terror no estaban peleados, pero tampoco iban de la mano. Pensando en esto y aquello destapó el plumón y garabateó sus primeras ideas:

+La mujer es bruja

+Se entrega al demonio para que éste le dé su oscuridad

(magia)

+El ritual es sexual (como debe ser)

+¿Por qué quiere magia?, ¿qué busca?

+Venganza (todo el mundo quiere vengarse)

Sin la claridad deseada para comenzar a trabajar, Carlos decidió descansar, ya tendría todo el domingo para escribir. Se durmió pensando en ella, deseándola y, en consecuencia, ella acudió a sus sueños. Seguía ahí, esperando sentada en el borde de la cama, pero ahora era Carlos quien la miraba desde las sombras. La luz de la luna filtrada desde la ventana le permitía admirar sus pechos firmes. Sería que estaba cohibido o tal vez hipnotizado, el caso es que estuvo paralizado hasta que la joven estiró su brazo invitándolo a acercarse. Caminó hacia ella con cierta reserva, pero al tocar sus manos se borraron las dudas. La joven lo envolvió en sus brazos y Carlos dejó de pensar. Estaba concentrado en la sensación de la piel desnuda rozándolo por encima de su camisa, de su pantalón. Ella lo dirigió a la cama, ayudándolo a recostarse. Él cerró los ojos cuando la joven comenzó a besarlo. El aliento hipnótico de la mujer le provocó el deseo de entregarse cuanto antes, pero al abrir los ojos se percató de que el demonio de la mirada escarlata lo observaba desde la mecedora.

Carlos se incorporó sobresaltado. Había empapado la cama de sudor. Entre la oscuridad de la recámara, alcanzó a distinguir el vaivén de la mecedora. Se mintió a sí mismo diciéndose que debió patearla mientras dormía, pero por si las dudas, movió la silla a la sala.

II

Conciliar el sueño no le fue tarea fácil. Después de dar vuelta tras vuelta, enredándose en las sábanas, se dio por vencido. Salió de la cama. Tomando pluma y papel comenzó a escribir:

### Deseos de venganza

A media noche, Annie se encontraba desnuda en el bosque. Erguida sobre una piedra de superficie plana, levantó los brazos hacia el cielo sin soltar el cuchillo de su mano. Sólo cuatro antorchas colocadas en cada uno de los puntos cardinales combatían la oscuridad absoluta brindada por la luna nueva. Agonizante, entre sus pies, un ave de plumas negras aleteaba tratando de salvar su vida. Hincándose frente al animal, Annie juntó las manos sobre su cabeza y lo apuñaló una y otra vez hasta lograr desangrarlo. De inmediato, se deshizo del arma aventándola contra un árbol. Annie humedeció su mano izquierda con la sangre derramada, dibujándose una línea roja en su cuerpo. Comenzando por su cuello, deslizando su mano entre sus senos, el ombligo, hasta llegar al monte de venus. Después de murmurar un canto, se recostó boca arriba junto al ave. De una a una, las antorchas fueron apagándose. Primero fue la del sur, de ahí este y oeste. La luz del norte se extinguió después de un soplo de viento helado. En total oscuridad, con las piernas abiertas y los brazos extendidos a los lados, Annie cerró los ojos. Unos segundos después escuchó el crujir de las hojas. Alguien, algo se acercaba con pasos lentos hacia ella.

De nada le hubieran servido los ojos, pues en completa negrura no podría reconocer aquello alimentándose de la sangre embarrada en su cuello y que continuó lamiendo guiado por el camino trazado en su cuerpo. Aquello, la criatura nocturna, devoró los restos del ave presentada como tributo. Annie pidió sus favores a la criatura para dominar sobre otros. El ser oscuro le advirtió sobre las consecuencias de lo que estaba pidiendo, pero a ella no le importó. Estaba dispuesta a pagar el costo con tal de cumplir su deseo.

Una luna después, el humo de la aldea quemándose se alzaba varios metros de altura; sin embargo, no quedarían testigos para confirmarlo. Estáticos dentro de sus chozas, los aldeanos ardían en llamas. Sólo los niños menores de diez años caminaban hipnóticos detrás de Annie, quien, con un bebé en brazos y una niña tomada de la mano, se dirigía hacia la profundidad del bosque.

III

Sentado en su oficina, Carlos movía las piernas, esforzándose al máximo para no quedarse dormido. La voz había vuelto y no paraba de llamarlo: *Charlie, Charlie*. De nada le servía disimular, cabeceaba constantemente. A ese ritmo, era cuestión de tiempo para terminar desplomado sobre el escritorio. *Voy a lavarme la cara*, pensó antes de ponerse de pie. Las divisiones de los cubículos le ocultaban en gran medida el otro lado de la oficina, pero estaba seguro de haber visto a la joven de sus sueños dirigiéndose a la puerta. Caminó de prisa, intentado alcanzarla. Al llegar al pasillo, lo encontró vacío. Carlos talló su rostro, desesperado por unos minutos de descanso. Continuó con su plan de acudir al baño, pero en lugar de lavarse la cara, se encerró en uno de los inodoros y, para fingir satisfacer sus necesidades, bajó su pantalón y se sentó sobre la taza. Recostó su cabeza sobre el despachador de papel y se entregó a Morfeo.

Había dormido mucho, sin descansar apenas nada. Después de escribir su cuento, volvió a la cama. Influenciado por lo que acababa de escribir, soñó con Annie. Estaba parado junto a ella, fuera de una casa, mirando por la ventana. Dentro, alrededor de la mesa, una familia se encontraba en la cena; sin embargo, nadie comía. Todos permanecían estáticos. En medio del comedor, el demonio de la mirada escarlata sonreía satisfecho. Un fuego surgió en la alfombra, pero ningún miembro de la familia parecía alarmarse. El fuego se propagó por las sillas y ellos continuaban sin moverse. Carlos se acercó a la casa para golpear los cristales, queriendo salvar a la familia. Podía ver en sus ojos el sufrimiento. El demonio se carcajeaba de sus intentos. La piel de los miembros de la familia comenzó a derretirse, dejando a la vista sus cráneos y el resto de sus huesos. El humo terminó por invadir la casa imposibilitándole la vista. Dentro, sólo dos luces rojas sobresalían entre la humareda. Sobre el crujir de los cuerpos quemándose, se escuchaban las carcajadas del demonio.

Al despertar, Carlos volteó hacia la ventana. Ahí encontró la mirada escarlata observándolo. Por más que parpadeó para que la alucinación desapareciera, el par de ojos continuó ahí. Esa noche, Carlos durmió en la sala.

\*Obra escrita respaldada por la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020.



## Videjuego y cómic en clases de literatura

Parte I de II

Brandon Enciso Alcaraz

A todos nos gusta una buena historia. Desde los inicios de la especie, nos hemos reunido para contarnos cosas increíbles, y a lo largo de los siglos, nuestra capacidad y calidad ha mejorado; hemos creado movimientos artísticos de toda índole, y conforme la sociedad ha avanzado, lo han hecho también nuestras inquietudes y las historias que sobre ellas creamos.

La literatura nos gusta porque nos hace viajar, imaginar, conocer. Mientras el pacto ficcional está vigente, nos volvemos ese otro que vive entre las letras. Entonces ¿por qué no volteamos a ver a los nuevos medios? Sí, hablo del cómic y el videojuego.

Yo sé que habrá quien me debata y me diga que no son arte, y quién sabe, quizá no lo son, y a mí no me importa, lo que me interesa son dos cosas; primero, cuentan historias, buenas historias; segundo, son más cercanas a un joven que se inicia en la lectura, que cualquier clásico del tardío romanticismo mexicano.

Los clásicos, clásicos son, y su lectura llegará, pero querer imponerlos de buenas a primeras, culmina las más de las veces espantando a los futuros lectores, por lo cual, no debemos atraerlos poniéndolos a leer lo que nosotros consideramos que deberían leer. No, debemos atraerlos dándoles un abanico de opciones que les puedan interesar, algo cercano a ellos, accesible, simple, si lo queremos ver así, pero suficiente para engancharlos, para hacerlos

rodar cuesta abajo en esta bola de nieve llamada gusto por la lectura.

Es aquí donde entran el cómic y el videojuego, a los cuales, como maestros y “adultos maduros” debemos perderles el “miedo” y deshacer el estigma en su contra por considerarlos “infantiles”, y empezar a incluir a algunos exponentes dentro de nuestras lecturas recomendadas e, incluso, si hay la oportunidad, parte del material abordado en clase.

En el caso del cómic tenemos un medio que lleva con nosotros desde la era de las cavernas, la narrativa gráfica existe desde que nuestros antepasados contaban sus leyendas en dibujos en las paredes, y durante las últimas décadas hemos visto un *boom* enorme de estos textos, a los cuales ya nadie es ajeno, y mismos que muchos autores como Alan Moore y Julie Maroh, han tomado para contar historias increíbles, haciendo deconstrucciones del tropo del superhéroe, con *Watchmen*, o abordando el descubrimiento del primer amor y la identidad sexual, en *El azul es un color cálido*, ambas, por cierto, sumamente accesibles y recomendables para usarse en clases de literatura, gracias a su amplio espectro de análisis y a lo cercanas que resultan sus problemáticas y personajes para nuestro alumnado.

Pero ¿hay más recomendaciones? Por supuesto que sí, y las veremos, junto con las de videojuegos, así como los problemas que podrían representarse al usarlos, la próxima semana.

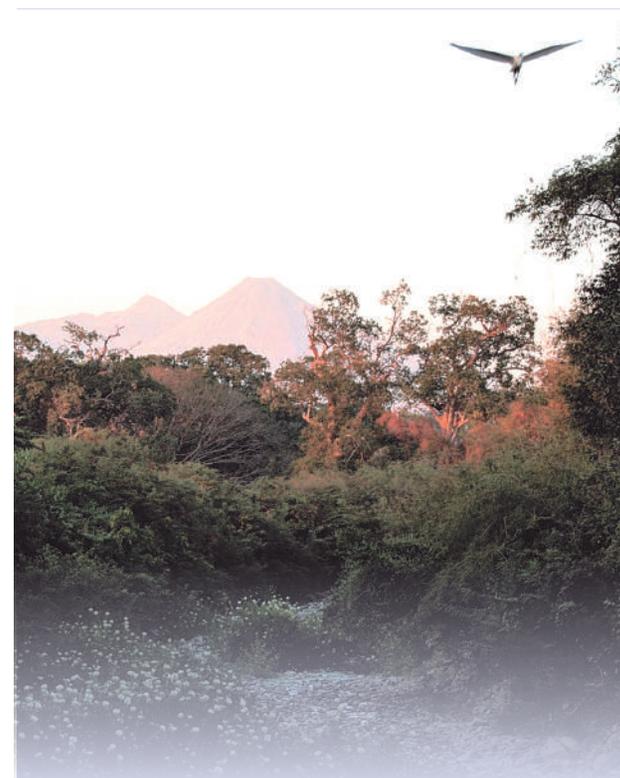


*Batman: la broma asesina*, novela de Alan Moore.

**En el caso del cómic tenemos un medio que lleva con nosotros desde la era de las cavernas. la narrativa gráfica existe desde que nuestros antepasados contaban sus leyendas en dibujos en las paredes, y durante las últimas décadas hemos visto un boom enorme de estos textos, a los cuales ya nadie es ajeno, y mismos que muchos autores como Alan Moore y Julie Maroh, han tomado para contar historias increíbles.**



*El azul es un color cálido*, novela de Julie Maroh.



## De niño quise probar

Miguel Ángel León Govea

De niño quise probar  
que el volcán en realidad era una metáfora,  
fuego de pirámides, piedras del tiempo.  
Probar,  
que más que los siglos  
es la memoria  
quien deposita sus capas  
en los fértiles campos de la existencia.

De niño no sabía cómo nombrar  
la arqueología de mis anhelos.  
“Papá, llévame al volcán”  
era todo el lenguaje técnico  
del que disponía.

De niño,  
ocho años de niño,  
en el tamaño de mis dedos  
todo el volcán cabía.  
Hoy,  
mis mediciones  
son meditaciones,  
porque leo en sus cenizas  
el futuro de mi cuerpo;  
porque creo en el colapso  
como el lapso  
que durará aquí mi pensamiento.

De niño quise subir ese volcán,  
abrazar a mi familia ante el fuego.  
Un anhelo convertido  
en la incandescencia de mi vida.



## VIÑETAS DE LA PROVINCIA

# Sucesos extraños

Don Manuel Sánchez Silva

(6 de octubre de 1957)

**H**ay personas que nacen dotadas de cierta sensibilidad especial que les permite presentir acontecimientos, intuir sutilezas, tener sueños proféticos y hasta “ver” lo que ocurre en sueños distantes. Mi madre fue una de ellas.

Su condición de primogénita en una familia numerosa y su propia manera de ser, íntegra, bondadosa y singularmente atractiva, física y moralmente, le conquistaron la preferencia de mi abuelo, hombre honrado y laborioso, que se propuso cultivar los dotes artísticos de su hija, a quien desde muy joven hizo estudiar música y declamación y le obsequió, importándolo directamente de Alemania, uno de los primeros pianos Steinway que llegaron a Colima.

Esta esmerada educación seguramente influyó en el ánimo de mi madre para agudizar su emotividad, que en algunas ocasiones llegó a manifestarse de manera inexplicable.

Mi madre se llamó Dolores y, familiar y socialmente, fue conocida por Lola Silva. Su hermano Gregorio, que le seguía en edad, se fue a trabajar a Manzanillo como celador de la aduana, cuando apenas tenía 18 años. Por similitud de temperamento y por ser los mayores de la familia, los dos hermanos se querían entrañablemente.

En 1882 llegó a Manzanillo, procedente de Panamá, una goleta conduciendo un macabro cargamento de muertos a consecuencia de la fiebre amarilla. La epidemia se había desatado en el transcurso de la travesía y la mayor parte de los tripulantes fueron atacados, pereciendo irremisiblemente. En cumplimiento de sus obligaciones, Gregorio fue a visitar la nave y se contagió de la terrible enfermedad. La persona que hacía veces de tutor dirigió un lacónico telegrama al jefe de la familia: “Gregorio grave. Convendría su presencia en ésta”.

Por aquella época estaba construyéndose el ferrocarril entre Guadalajara y Manzanillo, mediante el sistema de llevar los trabajos desde las estaciones terminales hasta encontrarse, por lo cual había servicio únicamente de Guadalajara a Tuxpan y de Manzanillo a Armería.

Mi abuelo se dispuso a trasladarse al puerto en compañía de mi madre, que desde la llegada del telegrama fue víctima del fatalismo y no cesaba de repetir que Gregorio moriría. Hicieron a caballo la travesía de esta ciudad al pueblo de Armería y, al cruzar las playas del río de ese nombre, un pájaro de plumaje oscuro pasó en raudo vuelo cerca de los pasajeros; este hecho, sin importancia al parecer, fue suficiente para que mi madre, aprensiva y pesimista sufriera una crisis nerviosa:

—Gregorio acaba de morir, papá. Ese pájaro es de mal agüero, como el ave negra de la novela *María* (referíase al célebre relato de Jorge Isaacs, muy de moda en aquel tiempo de exacerbado romanticismo).

Mi abuelo inútilmente pretendió calmar a su hija, pero ésta, cada vez más excitada, le instó a que viera el reloj:

—Ve la hora, papá, te aseguro que Gregorio acaba de morir.

Por complacerla, mi abuelo sacó el reloj:

—Son las tres y veinte. Tranquilízate, Lola...

Pero cuando llegaron a Manzanillo se enteraron de que Gregorio había muerto, precisamente a las tres y veinte...

Ese año de 1882 fue trágico. La epidemia hizo estragos en la población y los sepultureros no alcanzaban a cavar las fosas necesarias. En unas cuantas semanas resultó insuficiente el antiguo panteón, que estaba en el solar ubicado en la terminación de la actual avenida Madero, calzada de por medio, y don Juan Brizuela, acaudalado dueño de La Estancia, obsequió a la ciudad el potrero de Las Víboras para que fuera utilizado como cementerio.

Mi abuelo regresó de Manzanillo sintiéndose enfermo y murió a los ocho días, corriendo igual suerte el doctor Orozco que lo atendió, el señor Ignacio González Rubio,

prometido de mi madre, el sacerdote que les administró los auxilios espirituales y las dos sirvientas de la casa.

Numerosas familias de Colima cambiaron de radicación huyendo del implacable contagio, y entre ellas la de mi madre, cuyos miembros restantes se trasladaron a Tonila, donde vivieron largos años.

Una noche de sábado, mi madre y su hermana Porfiria convinieron en ir al día siguiente a oír la misa de las cinco de la mañana. Se levantaron muy temprano y salieron rumbo al templo. En el camino mi madre refería a su acompañante lo que acababa de soñar: “Imagínate que yo iba a la iglesia, como lo estamos haciendo, y al llegar frente al pórtico advertí una gran aglomeración de personas que miraban una zanja abierta en la calle, donde aparecían numerosas ollas de barro llenas de monedas de oro y me sorprendía que la gente comentara despectivamente: ‘¡Cuántos tepalcates! ¿Para qué los habrán guardado y enterrado?’. Y yo vanamente me esforzaba en hacer notar que no eran tepalcates, sino monedas de oro”.

Cuando las dos hermanas llegaron frente al templo, fueron presas de temeroso asombro al ver que efectivamente una espesa muchedumbre contemplaba las cepas abiertas en plena calle para una obra de drenaje. Como el trabajo urgía, los encargados de hacerlo

habían velado toda la noche y en la excavación estaban realmente cuatro o cinco ollas de barro, tal como mi madre lo había soñado poco tiempo antes, con la única diferencia de que ya no contenían ni tepalcates ni dinero, pues éste había sido recogido por los operarios, que rápida y sigilosamente abandonaron el lugar con la riqueza descubierta.

Otra vez, siendo yo presidente municipal de Colima, comía en mi casa el profesor Rafael L. Macedo y tuvimos que interrumpir la colación en virtud de un telefonema del comandante de policía, J. Félix Gutiérrez, quien reclamaba mi presencia para intervenir en el interrogatorio de un individuo a quien la policía había capturado en la tienda de don Francisco Peña, cuando tranquila y cínicamente se dedicaba a robarla. En compañía de Rafael fui a la Inspección para hallarme frente a un hombre de 25 años, alto, musculoso, de evidente tipo negroide, que resultó ser un desertor de varias corporaciones militares. Como por desgracia es recurso frecuente utilizado por las policías de todo el país, un oficial de aquel tiempo, que por cierto aún vive, había recurrido a medios extremos para hacer confesar al preso su vida de fechorías, echando mano de la amenaza de que lo iban a ahorcar.

En realidad poco o nada quedaba por hacerse, por lo que, después de ordenar que se le proporcionara alimento

al ratero y se le consignara al Ministerio Público, Rafael y yo regresamos a la casa, que estaba en movimiento. Mi madre acostumbraba dormir una breve siesta después de las comidas, pero esta tarde fue víctima de una impresionante pesadilla que la conmovió profundamente. Al despertar refirió, todavía llorosa y compungida, que había visto en sueños a un hombre de facciones africanas, al que otros tenían enterrado hasta el cuello y el infeliz, semiasfixiado por el tormento, se dirigía a mi madre diciéndole: “Me quieren matar y soy inocente. Dígame usted que soy inocente...”.

Rafael y yo nos conturbamos por la relación existente entre la pesadilla de mi madre y el hecho cruel que había ocurrido poco antes. Cuando días después el individuo aquel recobró su libertad y fue a mi casa a darme las gracias por haber impedido que se le siguiera torturando, mi madre sufrió al verlo otra crisis de nervios, pues, sin estar en antecedentes de la aventura, lo identificó como el mismo sujeto a quien había soñado que lo estaban enterrando en vida.

Sucesos de esta naturaleza fueron frecuentes en la vida de mi madre, que poseía una especie de sexto sentido, extraño y desconcertante.

\* Periodista, escritor y fundador de *Diario de Colima*.



A las nueve en punto

## Mi vida dentro

Salvador Velazco

*¿Usted cree que la acusada, a pesar de ser mexicana, es inteligente?*  
Allison Wetzel, fiscal estadounidense, interrogando a un testigo.

**E**n *Mi vida dentro*, Lucía Gajá (México, 1974) siguió el proceso judicial de Rosa Estela Olvera Jiménez, una inmigrante mexicana de 37 años que fue acusada de la muerte de Brian Gutiérrez, un niño de 21 meses que estaba bajo su cuidado. El proyecto de este trabajo documental surgió cuando su realizadora se puso en contacto con Carmen Cortes-Harms, directora de Protección a Migrantes en el Consulado General de México en Austin, Texas, porque le interesaba producir un documental sobre mujeres mexicanas encarceladas en Estados Unidos. Es a través de Cortes-Harms que Gajá conoció el caso de Olvera Jiménez, una mujer que estaba en espera de ser juzgada. En enero de 2005, Gajá viajó a Austin para visitar la prisión de alta seguridad en donde se encontraba Rosa Estela y conocer su caso con más detalles. Meses después, en agosto de 2005 y a dos años y medio de la detención de la mexicana, dio inicio el juicio. El veredicto fue una condena de 99 años para Olvera Jiménez con la posibilidad de una revisión de su caso hasta 2035. La película se estrenó en 2007 y se hizo acreedora al premio Ariel y al de Mejor Documental en el Festival Internacional de Cine de Morelia.

El juicio llevado a cabo en Austin, Texas, fue grabado por Lucía Gajá (sonido) y Erika Licea (fotografía) gracias a que el juez Jon Wisser les permitió el acceso a la sala del tribunal durante los doce días que duró el proceso judicial. De esta manera, la cámara, apostada a un costado del jurado, se convirtió en un mudo testigo de ese proceso que culminaría en una sentencia de cadena perpetua para Rosa Estela. Este material se convertirá en uno de los dispositivos centrales de *Mi vida dentro*. Lucía Gajá, a través de un minucioso trabajo de edición, presenta una yuxtaposición de los principales argumentos de la fiscalía y la defensa, así como de los testimonios de los testigos, doctores, policías, paramédicos, familiares, entre otros, que apuntan hacia la culpabilidad o la inocencia de Rosa Estela.

Por una parte, tenemos a una fiscalía representada por Allison Wetzel que se refiere a la mexicana como una “child killer” (“asesina de niños”) que a sangre fría y en forma violenta introdujo el papel en la boca de Brian con toda la intención de asesinarlo porque estaba enojada con el menor; por el otro lado, tenemos al abogado defensor, Leonard Martínez, quien maneja la hipótesis de que el propio niño tragó el papel que lo asfixiaría, aunado a la negligencia de los paramédicos que arribaron a la escena para proveerle auxilio. Es decir, los paramédicos en lugar de practicarle una traqueotomía de urgencia lo que hicieron fue aplicarle una bomba de oxígeno con lo que empujaron todavía más el papel en la garganta del niño. Con todo, y a pesar de que los testimonios de los expertos determinaron que no se había encontrado evidencia física de golpes, rasguños, abrasiones en el cuerpo o la boca de Brian,

para poder confirmar el uso de la violencia y fuerza supuestamente empleadas por Rosa Estela, el jurado decidió darle la razón a la fiscalía. Suministró, en consecuencia, el máximo castigo que tenían a su disposición: 99 años de cárcel.

Las condiciones de posibilidad que facilitaron esa sentencia es que la fiscalía apeló, más que a las razones, a las emociones (léase prejuicios y estereotipos) del jurado que no necesitó considerar las evidencias en contra de la mexicana porque partió de una presunción de culpabilidad desde el primer día. Se desechó por completo la idea de

una duda razonada que apuntaría hacia un accidente para explicar la muerte del menor Brian, quien estuvo al cuidado de Rosa Estela por más de seis meses sin que se presentara ninguna preocupación por parte de la familia del niño. El hecho de que Rosa Estela fuera una mujer indocumentada, sin acceso a los espacios hegemónicos del capital social y económico, hizo la tarea mucho más fácil.

De la misma manera que el célebre documental *Presunto culpable* (Roberto Hernández y Layda Negrete, 2011) expone la corrupción del sistema judicial mexicano, el trabajo de Lucía Gajá pone en evidencia los prejuicios raciales y actos discriminatorios presentes durante el juicio de Rosa Estela. La propia realizadora se convencería de la inocencia de la mexicana y por ello la premisa en que se basó su documental fue que mujeres como Rosa “por ser mexicanas, indocumentadas y de bajos recursos económicos estaban mucho más expuestas a un sistema judicial injusto y xenófobo” (“Crónica de una experiencia documental”, *El viaje... Rutas y caminos andados para llegar a otro planeta*, Ed. Tatiana Huezco, Madrid, Documenta Madrid/Centro de Capacitación Cinematográfica, 2012, pág. 265). Rosa Estela fue discriminada por su género, clase social, grupo étnico y condición migratoria. Dicho de otro modo, no es solo un asunto de *qué* se hizo sino, sobre todo, de *quien* lo hizo.

Ahora bien, es muy probable que los lectores de esta columna se pregunten el motivo por el cual traigo a presencia un documental estrenado hace 14 años que, por cierto, está disponible en YouTube. Me animó a retomarlo una excelente noticia: Rosa Estela acaba de

ser puesta en libertad condicional y está a la espera de que se anule su condena o, en su defecto, de que se celebre un nuevo juicio. La mexicana ha pasado 18 años en la cárcel como resultado de un proceso penal plagado de irregularidades y anomalías, por no hablar de los prejuicios del jurado. Gracias al trabajo de varios actores (organizaciones civiles y el Consulado General de México en Austin) se pudieron documentar los atropellos cometidos en su contra durante el juicio de 2005, lo que dio paso a los recursos de impugnación y a su libertad. En el nuevo juicio, si se lleva a cabo, Rosa Estela tendrá una

mejor defensa legal con expertos en el área de asfixia infantil que podrán demostrar su inocencia. Con todo, en caso de ser declarada inocente, que así lo esperamos, ¿cómo podría el estado de Texas regresarle esos 18 años de vida a Rosa Estela?



Rosa Estela frente a l cámara de Lucía Gajá en 2005.

## Punto escarlata: el llanto de los muertos

Lorena Avelar\*

*A la memoria de Orso Arreola*

La ciudad llora en silencio por sus días tortuosos, por los actos indecentes, por su entraña vil y sus trances pecaminosos. Aunque se vuelve luciérnaga en días infecundos y su voz se apaga y, los cuerpos brillantes o tímidos sacan los ojos a la luz de un candil de manifiestos solemnes.

Los cuervos sueñan rescates rojizos, olvidos de estiércol, senderos por donde la verdad deja sus arañazos antiguos. Las aves negras esperan desde las ramas, vuelan sobre cementerios, olfatean la carne que los complace sin importarla sangre, el dolor o la añoranza.

Poco importan los ojos de lamento, poco importa el historial inconsciente o, que se ciegue el aire y que los tactos vayan quedando en recipientes de cristal sin brillo, poco importa la palabra; muy poco importa que ya solo perduren los humores y los lamentos: la gente no deja de morir, porque es menester partir al vacío, vestirlo de ausencia y de duelo.

El llanto de los muertos nos reprime, nos deja inertes sin ánimo y quietos en las manecillas del reloj sin que se pare el tiempo. El miedo se apodera de la noche y el cemento se vuelve negro o gris taciturno. Cuando la fuerza se tambalea, el grito se yergue. Cuando el final se vislumbra, el alacrán amenaza con el veneno. Cuando el hueco se evidencia, el discurso se enerva. Espero que desde arriba llegue la señal, el Punto escarlata, la razón y el consuelo.

\*Lorena Avelar Rosales es poeta, periodista y cronista mexicana. Radica en Granada, España. Mujer de letras, profunda y de poesía audaz. Perteneció a la Sociedad General de Escritores de México. Colabora regularmente con diferentes publicaciones nacionales e internacionales. Su obra, *Demonios y pecados* (1999), *El niño de ojos grandes* (2002), *El camino* (2006), *Las voces* (2008) y *Lejos de casa* (2011).

Durante más de una década escribió la columna semanal "Pasos de diamantina" en *El Sol de México* y para diferentes publicaciones en México y España. Actualmente colabora como articulista especial en Arte y Cultura en la plataforma digital *Blasting News*.



Hasta los tímpanos

## ¿A qué suena el futuro?

Eréndira Cortés

*I knew that could be a sound of the future.  
But I didn't realize how much the impact would be.*

**Giovanni Giorgio Moroder**

Una ocasión escribí en mi diario: El hombre construye máquinas para acabar con los problemas que él mismo crea. Luego coloqué la frase como insignia del Messenger, cuando pasaba mis tardes colgada del wifi de jardines públicos, chateando con conocidos y desconocidos; entonces no consideraba las máquinas como extensión ni como desdoblamiento.

Los visionarios imaginaban nuestro tiempo liderado por robots, por máquinas, por objetos, y ha sido un poco así, aunque con otras caras, porque llevamos lo análogo a una dimensión no tan palpable como pensábamos y nos convertimos de a poco en individuos robotizados, protagonizando las distopías que habíamos escrito.

La música no pudo ser la excepción. Los sintetizadores se apoderaron de la escena como una carrera por encontrar el sonido del futuro, en una época donde multitudes se encerraban en bodegas oscuras adornadas con bolas de espejos. Con el tiempo los espacios físicos de socialización se han ido extinguiendo, tampoco logramos distinguir la cantidad de capas que componen una canción; sin embargo, detrás de esas capas, filtros y revestimientos digitales, anida una mente humana.

2001. En una cancha de basquetbol, descubrí la electrizante potencia de aquel sonido sintético con *One more time*, en aquellas noches disco

que nos organizaban en la primaria a las últimas horas del atardecer. A ese *punch* infinito y a esos acordes repetitivos me sonaba el futuro. Cada que ponían en la radio *Digital Love* experimentaba un viaje interestelar; hasta entonces sólo *Oxygene, Pt. 4* de Jean Michael Jarre me había provocado esa sensación, cuando en casa ponían el vinilo inmediatamente visualizaba el espacio, los planetas, la nada. Sin saberlo había caído en las filas francesas de la electrónica desde los 3 ó 4 años.

2012. Conocí alguien especial por internet. Alguna vez vimos *Interstella 5555*, recordamos esos años de principios de siglo donde ignorábamos la existencia del otro, donde tal vez cada uno al mismo tiempo estábamos bailando *Something about us* asiendo la cintura o los hombros de nuestro respectivo acompañante. No habíamos escuchado algo igual hasta ese día en que



**Los visionarios imaginaban nuestro tiempo liderado por robots, por máquinas, por objetos, y ha sido un poco así, aunque con otras caras, porque llevamos lo análogo a una dimensión no tan palpable como pensábamos y nos convertimos de a poco en individuos robotizados, protagonizando las distopías que habíamos escrito.**

fuiamos a la playa, entre el bullicio de los bañistas alcancé a escuchar un ritmo pegajoso acompañado de un coro que parecía decir "mexican lucky", fue inevitable adivinar de qué grupo se trataba. Así descubrimos *Random Access Memories*,

un álbum capaz de teletransportarnos al pasado.

2021. El futuro nunca llegó, las ansias por alcanzarlo se fueron desvaneciendo como sucede más o menos cada cien años. Los avances tecnológicos no fueron necesariamente avances de conciencia. No sabemos qué será de la Electronic Dance Music, pero eso no importa ya, aunque parece abrirse paso una nueva era, ese sonido me acompaña todavía en momentos clave que se multiplican cada vez que lo reproduzco.

## Soliloqueando

Leopoldo Barragán Maldonado



La vida cotidiana es un programa de rutinas que ejecutamos normalmente ajustándonos a nuestros tiempos y espacios predilectos; todos los días por la mañana hago un breve paseo con mis perros transitando por el andador Constitución, observando a pequeños grupos de personas que salen de misa, así como a varios indigentes que hacen de las bancas su hotel al aire libre. Casi a la mitad del andador encuentro a un hombre que habla solo, lo que más llama la atención es que esta conducta la asume cuando está de pie y frente a la puerta de del local marcado con el número 11. Muchas han sido las ocasiones que alcanzo a escuchar sus peroratas, en español e inglés, que siempre suenan a confrontación, a debate interno. Suponer no es juzgar, esto último corresponde a Dios, lo otro a los humanos, porque toda suposición mundana es una moneda al aire que gira entre creencias y prejuicios. Si partimos de la base que todo constructo social se fundamenta en la mirada del observador y los hechos observados, entonces es factible establecer algunas hipótesis respecto a las acciones que dichas personas realizan, porque todos nosotros en cualquier etapa de la vida hemos hablado solos, y más cuando el costal de los problemas es abrumador, entonces buscamos el lugar propicio para refugiarnos en la soledad y comenzar la controversia interior.

Hablar solo es buena terapia emocional y excelente cura para desintoxicar el alma, pero existe una gran diferencia entre 'solo hablar' y 'hablar solo', ambos casos son muy recurrentes en la cotidianidad de la existencia al representar variantes del acto comunicativo. El 'solo hablar', adquiere matices morales, políticos y pedagógicos, por ejemplo, sucede con los padres que reprenden las conductas inconvenientes de sus hijos, lo vemos cuando el sacerdote lanza tediosa letanía tratando de orientar a las almas descarriadas, o con aquellos políticos que sin ton ni son dicen una retahíla de incoherencias supuestamente para persuadir al electorado, y también con el maestro que verborrea desde el principio hasta el final de sus clases. Estos discursos que se difuman en la indiferencia de los receptores, no pasan de convertirse en simples monólogos, embrollos que no dan cabida a ningún interlocutor exterior o interior. En los monólogos no hay espejos, solo ventanas.

Los primeros días del mes de enero de 1800, apareció el libro *Monólogos*, escrito por Friedrich Schleiermacher, al principio de la obra advierte el filósofo: "El hombre no puede ofrecer un don más precioso que el de aquello que ha discurrido consigo mismo en lo íntimo del ánimo. Ningún don es más duradero, pues nada te destruye el goce que la contemplación te ha proporcionado una vez, y su verdad interior le asegura tu amor para que lo vuelvas a contemplar con gusto". Efectivamente, discurrir consigo mismo, hablar solo, no es signo de algún trastorno mental, sino señal franca de la conciencia reflexiva; sin embargo, ¿seremos capaces de alcanzar la verdad, al menos la interior, sin someternos al escrutinio de la contradicción? Verdad aceptada, hipótesis contrastada, reflexión sin oposición no admite conclusión, y en las páginas de aquel opúsculo abundan las conclusiones, asegura el autor: "No deben poseer reflexión ni recuerdo quienes no conocen el ser interno del espíritu"; nada más que el espíritu, la

vida, no es la armonía fugaz que se vincula entre lo pasado y lo eterno, como afirma Schleiermacher, no, el espíritu, la vida, es un choque de energías positivas y negativas engarzadas con el micro y el macrocosmos. No somos, ni nos convertiremos en polvo, por el contrario, somos y nos convertiremos en energía cósmica.

El segundo caso, 'hablar solo', también es frecuente, constituyéndose como una variable introspectiva, acto de conciencia a través del cual la razón y la voluntad de los sujetos extienden el alcance de su reflexión peregrinando tridimensionalmente hacia determinados objetos y objetivos de la realidad. Este discurso explorador que resuena al interior de la persona recibe el nombre de soliloquio. San Agustín, en el capítulo VII libro II de su obra escrita en el año 386, titulada *Los Soliloquios*, nos explica el porqué de dicho epígrafe: "con este nombre quiero designarlas, porque hablamos a solas. Nombre tal vez nuevo y duro, pero muy propio para significar lo que estamos haciendo (...) investigar la verdad con la ayuda de Dios, preguntándome y respondiéndome a mí mismo". Esta es la clave de todo soliloquio, fincar el debate en la conciencia, una discusión sincera consigo mismo, en el soliloquio cerramos puertas y ventanas, aquí el yo se espeja a sí mismo reflejándose en el alma y el corazón, en la razón y la voluntad. Célebre es el pasaje que San Agustín escribió en el capítulo II libro I de aquella obra, el africano se pregunta: "Quiero conocer a Dios y el alma", la razón inquiriere: "¿nada más?", el filósofo replica "Absolutamente nada". Veamos otro de los tantos ejemplos que menciona, asevera el obispo de Hipona: "Sólo me turbarían tres cosas: el miedo a la pérdida de los amigos, el dolor y la muerte", y la razón contesta: "eres víctima de todas las pasiones y enfermedades del alma, ¿no será una temeridad mirar con tales ojos al sol?".

A propósito de las pasiones que la razón le hace ver a San Agustín, en el siglo XIV, para ser exactos en el año 1354, Francesco Petrarca publicó su trabajo *Remedios contra la buena y la mala suerte*, un soliloquio en que las cuatro pasiones del alma

(el gozo y la esperanza, el dolor y el temor) se enfrascan en cerrado debate con la razón. Para acercarse a Petrarca con San Agustín, rescato un fragmento del capítulo 50 de los *Remedios*, cuando el gozo alardea presumiendo la cantidad de amistades: "tengo amigos que me dan provecho y deleite", la razón de inmediato le contesta: "la amistad basada en el provecho o en el deleite no puede ser firme, pues cuando existen el uno y el otro las amistades flojean, y cuando se acaban cesa también la amistad".

Como mencioné líneas arriba, el 'hablar solo' es un circuito interior que permite detenerse en el pasado, en el presente y barruntar el futuro, un soliloquio es un sistema existencial de pesos y contrapesos por medio del cual corregimos errores, valoramos la vida y calculamos acciones, el 'hablar solo' es un torbellino de contradicciones, desahogos, reproches, reclamos, confesiones, remordimientos, deseos y frustraciones que al filtrarse por la conciencia y someterse al interrogatorio de nuestra intimidad, finalmente nos conducen a un estado de paz y tranquilidad. La conciencia es el sacerdote más discreto para la confesión, yo no me doy golpes de pecho, mejor procuro dar pasos firmes, caminando y soliloqueando.



**Hablar solo es buena terapia emocional y excelente cura para desintoxicar el alma, pero existe una gran diferencia entre 'solo hablar' y 'hablar solo', ambos casos son muy recurrentes en la cotidianidad de la existencia al representar variantes del acto comunicativo.**

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

## Los amigos

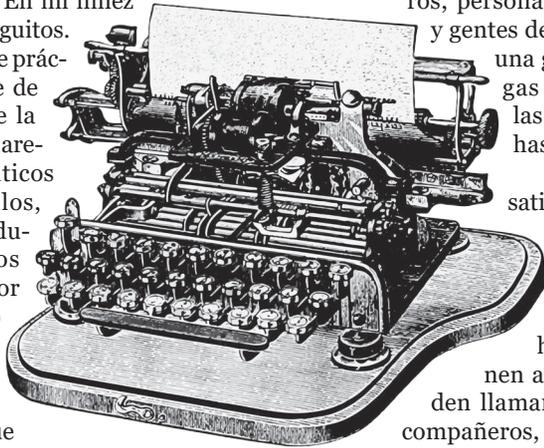
Carlos Caco Ceballos Silva

**I**NVIERNO 1991. En mi niñez tuve muchos amiguitos. Mi padre, hombre práctico, convencióse de que era preferible que la casa pareciera una pajarrera con los gritos, cánticos y risas de los chiquillos, a que sus retoños anduvieran visitando otros hogares, que a lo mejor no eran muy del agrado de otros papás que podían molestarse al ser perturbados en su paz hogareña. Así es que todos los niños y niñas del barrio y de otros, sin distinción de clase ni color, se juntaban en mi casa, donde en el fondo había árboles de mango, guayabo, lima y manzana rosa, y donde se colgaban colchopios, argollas y en el piso se ponían colchonetas para que los costalazos que seguido se sucedían, no fueran de consecuencias.

Posteriormente, en la adolescencia, tuve por amigos a todos mis compañeros de clase del colegio Colón, y de todos los amigos de aquellos lejanos ayer; como es natural, sólo dos o tres están en activo. Después vino la juventud, encontré nuevos amigos, empezando por estos tiempos a conocer y practicar las mañas muy en boga cuando todavía se les tiene miedo y vergüenza a las mujeres y se rinde culto al bíblico Onán. Cuando yo tuve familia y siguiendo las costumbres de mi padre, en Guerrero 35 reuníanse todos los amiguitos de mis hijos, y así también convertíase aquello en una alegre pajarrera de donde salían las excursiones al mar y al volcán, con la aquiescencia de mis amigos, los papás de los compañeros de mis hijos.

A todos mis amigos los he conservado, aunque la parca a muchos se los ha llevado, tuve amigos de ocasión, de esos que se hacen en el tren, en la cantina, en la cola comprando boletos de futbol. De éstos, algunos sigo viendo por casualidad; a otros, por el contrario, la distancia y el tiempo los van borrando de mis actualidades, pero no los olvido y, cuando se ofrece, siempre recuerdo los ratos agradables que pasé entre ellos.

Encontré amigos y amigas en el hotel Ceballos de Cuyutlán, revaluando nuestros afectos y simpatía de temporada a temporada. También cultivé amistades con reclusos, banqueros, cursillistas y con damas de muslos retozones. También entre mis amigos contaba con sacerdotes, aleluyas, masones, periodistas, panade-



ros, personas de sociedad, boleros y gentes de rancho; es decir, toda una gama de amigos y amigas cosechados en todas las épocas, desde la niñez hasta la vejez.

Es lo más hermoso y satisfactorio que nos puede deparar la vida. Dicen que la amistad es la unión de personas de buena fe y que sólo los hombres sinceros tienen amigos; los demás pueden llamarse socios, cortesanos, compañeros, cómplices, partidarios, pero no amigos, y pienso que de verdad así es, pues en mi larga y feliz vida también me he topado con partidarios y compañeros.

En los momentos difíciles, encontré apoyo amistoso y económico en muchos y, como excepción, un mínimo me negó a la hora de la verdad. Pero estos también los recuerdo con atención, pues me dieron la oportunidad de aquilatar con más precisión a los que me otorgaron su apoyo y tener más que contar de mis nutridos recuerdos.

Entre los amigos hay de todo, pues es natural que así lo sea, unos se sienten superiores, otros apoyados, unos son sinceros, y otros, la minoría, interesados; unos divertidos y otros no lo son, pero a todos se les debe buscar y encontrar lo bueno que todos tienen por igual, y tratarlos con la comprensión y aprecio con que ellos nos tratan a nosotros.

Recuerdo una observación sobre la amistad que me hizo el licenciado Agustín Acosta Lagunes cuando era gobernador del bello estado de Veracruz: "Cuando se está aquí no debe confiarse mucho en los amigos, pues en la política los amigos son de mentiras, y los enemigos de verdad". Frases realistas que de seguro lo olvidan la mayoría de los políticos que están en la cima.

Ojalá algún día llegue a todos nosotros la comprensión, el amor y la inteligencia suficiente para entender el valor inmenso que encierra la amistad, y que sirve para unir voluntades y sentimientos en beneficio de todos por igual.

Van estas últimas palabras, mis más fervientes recuerdos para mis amigos que se alejaron y a quienes tanto debo por sus buenas voluntades, simpatías que me prodigaron y enseñanzas y apoyos que me otorgaron. Ojalá que cuando yo parta se me conceda el gran privilegio de volver a estar en su grata y divertida compañía.

\* *Empresario, historiador y narrador. †*

## Cómo lo sé

Norma Navarrete

Cómo lo sé.

Que la noche tiene perfil de paloma oscura.

Envuelve bajo sus alas el sueño

que oculto se asoma como niño.

Cómo lo sé.

Que al frotar mi piel con mis manos

Salen las palabras a comer minutos

de cada hora.

Cómo lo sé.

Que los segundos vagan a las 2 a.m.

Y se miran entre sí.

Observan que su vista

es similar a un laberinto.

Cómo lo sé.

Cada vez que uno se transforma

responde el eco,

se remonta y sube

igual a un pájaro.

Cómo lo sé.

Al cerrar los ojos dejo de contemplar

la edad de mi vestido:

soy mujer.

Cómo lo sé...

El sueño brota por la mirada.

Ingresa a una gran habitación

donde las rosas nos reciben.